

Piensa que aún no has sido engendrado, piensa que estás en el útero, que eres joven, que eres viejo, que estás muerto, que estás en el mundo de ultratumba; graba eso en tu pensamiento, a todas horas y en todos los lugares.

Los autores, aunque no en el orden de las citas, son Blake, Chang Ch'ao, Cowley, un Anónimo de *Hermética*, William Law, Nicolás de Cusa, Proust y Ruskin.

2

No puede reducirse el Tiempo a mero cambio. Es cierto que, sin cambio bajo una u otra forma, no habría Tiempo. Esto ha sido negado principalmente a causa de que en el cuadro se ha introducido fraudulentamente cierta masa de cambio. Si tratamos de imaginarnos a nosotros mismos en un mundo sin sonido ni movimiento, sin nada que se agite, ni siquiera nuestra respiración o los latidos de nuestro corazón, habremos de convenir que ahí no puede existir el Tiempo. Puede que el Tiempo no sea meramente algo que sucede, pero, si no *sucede* algo, no puede existir el tiempo.

Quienes niegan esto no congelan la escena por completo. Ponen en ella su yo viviente. Y entonces, naturalmente, deberían tener conciencia del Tiempo, justamente porque algo ha de estar sucediendo, y el cambio, no importa en qué escala diminuta, ha de estar produciéndose. Sin ninguna posibilidad de que, dentro o fuera, algo esté cambiando, el Tiempo se desvanecería. Sin cambio, no hay Tiempo.

Sin embargo, el cambio en sí mismo no nos da el Tiempo. Supongamos que nos hallamos en un mundo desquiciado, un mundo creado por un demiurgo surrealista. Un sol como el nuestro sale y se pone y sobreviene la oscuridad. Después, tres soles azules se siguen uno al otro a través del firmamento. Luego, se enseorea de la tierra una larga noche, finalmente disipada por un colosal sol doble, que nos lanza sus rayos furibundos, hasta que nos hastía. A continuación, viene un crepúsculo en el que aparecen seis lunas multicolores. Y así sucesivamente, en un escenario siempre cambiante, sin repetición, ni ritmo. Incluso en un mundo así, alguien, desde luego, podría decir: «Nos conocimos cuando aquellos tres soles azules, ¿te acuerdas?», de modo que se introdujese trabajosamente cierta, aunque débil, noción del tiempo. Pero sería esta una noción muy confusa y deformada, que no corres-

pondería en absoluto a nuestra idea del Tiempo.

Para nuestra idea del Tiempo, necesitamos el cambio y el no cambio, unas cosas que se mueven y otras que aparentemente estén quietas, el río que fluye y sus márgenes inmóviles. Esto puede que parezca un caso demasiado obvio. No creo que lo sea, principalmente porque, en campos más amplios de especulación, me ha parecido a menudo que se ha marrado el caso por completo. Un filósofo me dice que todo es flujo, que nada permanece lo mismo. Pero, ¿cómo puede saberlo? Si todo está cambiando, incluido él mismo, ¿cómo puede saber que algo está cambiando? No puede haber medio de comparación, ningún punto de referencia.

De manera similar, si otro filósofo me dice que, cuando examina su mente, no encuentra allí nada fijo, que solo halla una interminable fluctuación de ideas y sentimientos, me parece que olvida que, a menos que el yo investigador e informante sea más firme y digno de confianza que una fluctuación o un flujo, su aseveración es inútil de todos modos.

Puede que, en última instancia, todo cambie; pero, a menos que los cambios se produzcan a ritmos muy distintos, podríamos no tener conciencia de ellos. Y, aunque pueda parecer que me he alejado de nuestro tema, no lo he hecho en realidad. Con esta relación entre lo que está cambiando y lo que no cambia, o entre los cambios que se producen rápidamente y aquellos que tienen lugar de manera más lenta, queda envuelto el problema del Tiempo, como espero demostrar más adelante.

No creo que nuestro sentido interno de la duración—*el tiempo psicológico*—nos lleve muy lejos en este problema, por lo menos en el nivel en que se suele examinar. Desde luego, es importante y debe ser discutido, porque es el tiempo con el que realmente vivimos. El tiempo del reloj es nuestro director bancario, cobrador

*El Tiempo es un río sin orillas, pintado en los años treinta por el artista Marc Chagall, nacido en Rusia. En esta interpretación sumamente personal del concepto familiar del Tiempo como un río, los recuerdos de infancia del artista—el pez, el violín y el reloj familiar—están pintados sobre el fondo del río. En la orilla, dos enamorados representan probablemente la cualidad intemporal del amor.*

